

JUVENTUDES, SUBJETIVACIÓN Y CONSUMO DE SUSTANCIAS

Pablo Barrenengoa

Resumen

Aquello que hoy conocemos como “juventud” dista de ser una noción natural o autoexplicativa. Advertir la dimensión social, histórica, cultural, situada y relacional de emergencia de las juventudes implica pensar, entonces, en términos de su producción (Vommaro, 2014). Ignacio Lewkowicz (2003) señala que, sin embargo, una generación tampoco puede comprenderse solo a partir de la coexistencia en un tiempo histórico común, sino que para constituirse subjetivamente como tal debe poner en juego criterios de identificación común entre sujetos que comparten un problema. Allí, la consideración de las rupturas y continuidades resulta clave. El vínculo generacional aparece y se constituye como efecto de un proceso de subjetivación, ligado con una vivencia común en torno a una experiencia de ruptura, a partir de la cual se crean mecanismos de identificación y reconocimiento en tanto parte constitutiva de un nosotros (Lewkowicz, 2003).

Si los procesos de subjetivación conllevan desplazamientos, movimientos y operaciones nómades (Deleuze, 1995) a partir de las cuales se deviene sujeto, nos preguntamos aquí sobre el rol que el consumo de sustancias ocupa en esas dinámicas de modelización subjetiva. Algunas modalidades de subjetivación que accionan abusos y excesos de diverso orden (crueldades, violencias, consumos de sustancias, etc.) han sido comprendidas como modos “desbordes de lo pulsional salido de cauce”. El rasgo característico de estas modalidades de padecimiento actual está constituido por la extranjería de la experiencia de sí, que en los casos de urgencia de satisfacción implica el arrasamiento de cualquier pregunta sobre el deseo y expectativa futura. Se trata de una temporalidad vertiginosa, en la que se clausura la posibilidad de instalar las demoras que cualquier campo de experiencias necesita. La dificultad de configurar el campo de experiencias obstaculiza o impide la posibilidad de componer el propio mundo, andar por la vida sin brújula (Fernández, 2004). El consumo de sustancias psicoactivas, en casos de abuso y dependencia, aporta una arquitectura protésica para desatender las señales del campo emocional y da lugar a una “emocionalidad producida” (Míguez, 2008) en la que el uso “remedial” se constituye como alternativa para el arreglo cosmético del estado de ánimo, la percepción o el comportamiento. En este sentido, pensar el modo en que las juventudes actuales van configurando sus territorios implica reflexionar sobre algunos procesos de subjetivación

juvenil que se desarrollan en los usos rituales y problemáticos de drogas, en los diferentes escenarios vitales que transitan.

Palabras clave: juventud, subjetivación, consumo de sustancias, generación.

La juventud como “invento”

Aquello que hoy conocemos como “juventud” dista de ser una noción natural o autoexplicativa. Como grupo generacional con características distintivas respecto a la niñez o a la adultez, es una noción moderna, urbana y capitalista. La idea de juventud ha aparecido junto a la concepción de un pasaje necesario y turbulento, pasaje de un estadio de dependencia y fragilidad a uno de autonomía y madurez biológica, social, cultural y económica. Ahora bien, si asumimos que la consideración de la juventud como sujeto o actor social es un producto del capitalismo y la modernidad, podemos decir que los jóvenes (en tanto término que definiría un momento o etapa de la vida) existen hace siglos con diversas resignificaciones, pero que la juventud (en tanto expresión de esos jóvenes como grupo social con características más o menos singulares) es algo más contemporáneo, propio de los siglos XIX y XX (Vommaro, 2015: 12). Advertir la dimensión social, histórica, cultural, situada y relacional de emergencia de las juventudes implica pensar, entonces, en términos de su producción (Vommaro, 2014).

En la actualidad, debemos decir, además, que las juventudes se caracterizan por sus diversidades en tanto marca epocal o generacional y están atravesadas por desigualdades que enmarcan sus prácticas. Por lo tanto, la perspectiva generacional sobre las juventudes no puede soslayar el modo en que estas se producen, en virtud de atravesamientos y clivajes múltiples: económicos, culturales, étnicos, de género, entre otros.

Numerosos trabajos que se han aproximado a los fenómenos que atraviesan las juventudes coinciden en señalar el complejo entrecruzamiento discursivo en el que han sido concebidas, conceptualizadas e intervenidas (Chaves, 2005; Reguillo, 2010). Según Mariana Chaves (2005), la mayor parte de los discursos y representaciones sociales sobre la juventud se hallan signados por la negación y la negatividad. Las juventudes aparecen tensionadas a partir de una dualidad: por un lado, se les reconoce su legítima existencia a partir de cambios sociohistóricos relativamente delimitables, pero, por otro lado, aparece cierta anulación de la juventud, en la medida en que se la presenta en términos deficitarios y fragmentarios desde una pluralidad de discursos legales, biológicos, psicológicos, psicopatológicos, sociológicos y culturales. Entonces, por un lado encontramos al joven definido desde una ausencia (de razón, de madurez, de capacidad, de productividad, de interés, de experiencia, etc.). Por el otro, el joven es aquel que atesora los símbolos de la omnipotencia, completitud, potencia y belleza.

¿Qué es lo que constituye a una generación como juvenil? ¿Qué es lo que la asemeja y qué es lo que la diferencia de sus predecesoras/sucesoras? ¿Qué factores novedosos pautan y modalizan las relaciones intergeneracionales? ¿Cuál es la especificidad de lo juvenil en el marco de un proceso de juvenilización de la vida cotidiana en diversos estratos?

Como señala Pablo Vommaro (2015), la generación no puede ser considerada como una mera cohorte, puesto que la sola contemporaneidad cronológica no es suficiente para definirla. Lewkowicz (2003) señala que, sin embargo, una generación tampoco puede comprenderse solo a partir de la coexistencia en un tiempo histórico común, sino que para constituirse subjetivamente como tal, debe poner en juego criterios de identificación común entre sujetos que comparten un problema. Allí, la consideración de las rupturas y continuidades resulta clave. El vínculo generacional aparece y se constituye como efecto de un proceso de subjetivación, ligado con una vivencia común en torno a una experiencia de ruptura, a partir de la cual se crean mecanismos de identificación y reconocimiento en tanto parte constitutiva de un nosotros (Lewkowicz, 2003). Desde una mirada centrada en la historia de la subjetividad, señala:

[...] en la fluidez todo acontece por primera vez. [...] Si algo ya pasó dos veces entonces ésta es la primera vez que eso pasa por tercera vez: en tanto que tercera, es la primera vez que pasa. Siempre hay una experiencia inaugural. En este sentido, una segunda generación que se piensa a sí misma como segunda es muy difícil que se constituya como generación. Si se piensa a sí misma como segunda es porque carga con el esquema de la sucesión y el parricidio, que es la doctrina de la generación anterior: la generación anterior dice que hay que romper con la generación anterior y que eso se hace mediante el parricidio. Es cierto que prescribe un modo de romper, pero no deja de ser una prescripción de la generación anterior. [...] Uno puede constituirse apropiándose de lo heredado. Sólo apropiándose de lo heredado uno puede constituirse. Ahora, ¿basta con sólo apropiarse de lo heredado para constituirse? (Lewkowicz, 2003:4)

Por lo tanto, una generación no es aquello ligado directamente a la edad de los individuos, sino algo que se configura cuando se tienen problemas en común que se expresan en una experiencia alteradora, y, en ese sentido, las generaciones se caracterizan, también, por sus movimientos de ruptura. Una generación, entonces, no puede ser el mero despliegue de un saber contenido en una generación previa, en la medida en que las condiciones de subjetivación contemporánea producen subjetividades cualitativamente distintas para ser habitadas. En tal sentido, una generación se constituye como tal cuando se conforman constelaciones de sentidos y sensibilidades novedosas, no reductibles a la transmisión de saberes y experiencias previas.

Las “juventudes grises”

Émile Durkheim (1987) ha señalado en el campo de la teoría social que las altas tasas de “desviación” que pueden darse en un momento en una sociedad son el resultado de lo que llamó “anomia”, entendida esta como la falta de normas. En períodos de grandes cambios sociales, las viejas reglas pierden su condición y las brújulas que orientaban el devenir pierden su referencialidad. Esto instala condiciones de existencia en las que encontrar un camino se torna, por lo menos, imprevisible. Los sujetos quedan compelidos a actuar por sí mismos, sin respetar normas o libretos de actuación preconcebidos, que resultan fallidos o impotentes en la diagramación de un porvenir. En este terreno, Ana María Fernández (2013), en su reciente libro *Jóvenes de vidas grises*, proporciona un importante aporte en el campo de los problemas de la subjetividad y la juventud. A partir de hallazgos en el campo clínico sobre jóvenes de diversos sectores sociales, señala la frecuencia con la que se comienzan a presentar modalidades de subjetivación que ha denominado, por un lado, “en plusconformidad” y, por el otro, modalidades existenciales que evidencian “desbordes de lo pulsional salido de cauce”. En estas últimas, se trata de modos de subjetivación en los que se accionan abusos y excesos de diverso orden (violencias, crueldades, trastornos alimentarios, adicciones, etc.). El rasgo característico de estas modalidades de padecimiento actual está constituido por la extranjería de la experiencia de sí, que en los casos de urgencia de satisfacción implica el arrasamiento de cualquier pregunta sobre el deseo y expectativa futura. Se trata de una temporalidad vertiginosa, en la que se clausura la posibilidad de instalar las demoras que cualquier campo de experiencias necesita. Según esta misma autora, la dificultad de configurar el campo de experiencias obstaculiza o imposibilita la posibilidad de com-poner el propio mundo, andar por la vida sin brújula (Fernández, 2004). Se trata de modalidades de subjetivación en las que:

Se ha roto, interrumpido, desconectado o dañado la relación entre las acciones y sus efectos, en las que la urgencia de la satisfacción borra las necesarias demoras de ensayar, jugar, inventar, calcular, en el campo de las experiencias (...) No hay tiempo para registrar si en el camino se dañan o dañan a otros. Comprobar que no hay borde los confirma (Fernández, 2013: 28).

Según esta línea de pensamiento, se ha señalado que en una buena parte de estas modalidades subjetivas, compatibles con cuadros graves de consumo de sustancias, la experiencia de la temporalidad queda gravemente afectada. Esto implica que la articulación entre experiencias que significan el pasado y proyecciones a futuro, de construcción de un porvenir, que permite establecer un anclaje en la configuración de un presente, se haya alterada: se consume en la inmediatez. La autora nos hace ponderar en la experiencia de sí la fuerza que despliega posibilidades de com-poner el mundo, puesto que de otra manera, aduce, se andaría por la vida sin brújula. Campo experiencial, que opera cuando se logran

distinciones entre las prácticas y las acciones propias y las de los otros a través de la invención de las propias experiencias, atravesadas por la inquietud de innovar, apostar a poner lo ilusional en acción y atreverse a desafiar el vivir con lo dado.

Se trata de modos existenciaros que combinan hilos de urgencia de satisfacción con regulación biopolítica hasta en los detalles más ínfimos pero que, a su vez, clausuran la experiencia de sí, base de la subjetivación. En esta misma perspectiva, Giorgio Agamben (2011) ha examinado los fenómenos de urgencia de satisfacción en relación a la lógica del *zapping* o de la telefonía portable, fenómenos que nos remiten también a todo dispositivo que ofrezca respuestas inmediatas a las urgencias de satisfacción. Este autor reconoce las alteraciones de este modo existencial como procesos de desubjetivación (Agamben, 2011: 262). En este campo de problemas, la interrogación sobre el modo en que se manifiestan y la lógica que subyace a los consumos problemáticos se torna central. Esta alteración de las temporalidades subjetivas representa un modo de comprender los consumos problemáticos que invita a poner la mirada en su carácter vertiginoso, simultáneo, instantáneo y fugaz. La alteración compulsiva y deliberada de mecanismos cognitivos y emotivos a través del uso de sustancias -en algunos casos para exaltarlos, en otros para cambiarlos y en otros para sustituir una situación que resulta insoportable- constituye una situación en la que se anula el despliegue de recursos subjetivos en el atravesamiento y composición de las experiencias. El consumo de sustancias psicoactivas aporta una arquitectura protésica para desatender las señales del campo emocional y da lugar a una "emocionalidad producida" (Míguez, 2008) en la que el uso "remedial" se constituye como alternativa para el arreglo cosmético del estado de ánimo, la percepción o el comportamiento. Se trata de un modo -tóxico - de barrer con la emocionalidad espontánea que devendría en experiencia de sí. Míguez ha llamado a este mecanismo "subjetividad-para-el-consumo", refiriéndose a un modo de "neutralizar temporalmente la tensión personal producida por los miedos actuales a la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección, haciendo que la búsqueda de la felicidad se reoriente hacia la búsqueda de una alegría descontextualizada y hacia el logro de la emoción primaria fugaz, elusiva y fácilmente alcanzable" (Míguez, 2010: 13).

Juventudes, destituciones y consumo de sustancias

Silvia Duschatzky y Cristina Corea (2007) han situado fenómenos como las violencias escolares en el contexto de la declinación de las instituciones familiares y educativas. La pérdida de eficacia simbólica de sus discursos en la subjetivación de los jóvenes ha propiciado la construcción de espacios de sociabilidad y construcción identitaria basados en relaciones horizontales, entre pares. Mientras tanto, se mantiene una conflictiva relación entre estas instituciones estalladas y el modo en que los jóvenes se relacionan con ellas, en

la medida en que las valoraciones tradicionales parecen asintóticas en relación a sus aspiraciones y anhelos.

Desde una mirada familiarista de los problemas del consumo, muchas veces se ha insistido en concepciones moralizantes y culpógenas, que toman a las familias de los jóvenes como objetos, y sobre las cuales se han labrado categorías tales como “familias disfuncionales”, “familias no continentales” “relaciones estragantes”. La pregunta respecto a qué habrán hecho los padres es, tal vez por inercia teórica, una de las más insistentes. Pero, sin deslindar este factor como una variable válida de análisis, se torna necesario advertir que justamente se trata de un período en que los jóvenes barajan y dan de nuevo. Todos los vínculos que los jóvenes formaron hasta entonces se reordenan y transforman. Este hecho, de por sí, ya pone en jaque y en conflicto la organización familiar. Las familias no son de una vez y para siempre, sino que también se van transformando, metamorfoseando, sobreviviendo. De allí la necesidad de comprender que los consumos juveniles no pueden comprenderse desde la lógica de los culpables o inocentes, sujetos buenos o malos. Por ello, los consumos problemáticos son fenómenos complejos, porque también incluyen determinadas subculturas, búsquedas singulares donde el riesgo es un aspecto casi ineludible de las experiencias juveniles, pues se trata en muchas de ellas de accionar sin garantías precisas. En un período en el que la experimentación, exploración, apertura y búsqueda pueden ser señaladas como características amplias en un territorio subjetivo e identitario a configurar, la adopción de riesgos es tanto un derecho como un posible problema. Además, la alta disponibilidad de múltiples sustancias y la tolerancia social sobre las mismas invisibiliza la frontera entre los usos recreativos o rituales y aquellos en los que los tóxicos obturan la capacidad de imaginar y desarrollar proyectos de vida integrales.

Las interpretaciones tradicionales han intentado reducir estas prácticas como si se tratara de jóvenes que solo sobreviven a un mundo hedonista, nómada y cambiante según las tribus a las que adhieran y sus prácticas correlativas. Aun así, algunas preguntas en torno a los emergentes de la cultura juvenil continúan presentes en diversos ámbitos de la vida social, cultural y educativa. ¿Qué es lo que los jóvenes rechazan del mundo escolar y familiar? ¿Se trata de un rechazo absoluto o relativo? ¿Qué valoraciones y relaciones es posible establecer entre el mundo adulto y los jóvenes? ¿Cuáles son los puntos de ruptura entre las dos esferas en un mundo donde también lo juvenil es tenido como modelo?

Referencias bibliográficas

- Agamben, G. (2011). "¿Qué es un dispositivo?". En *Sociológica* 26 (73), pp. 249-264.
- Chaves, M. (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio.
- Chaves, M. (2005). "Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea". En *Última década* 23, pp. 9-32.
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1995). *Conversaciones 1972-1990*. Valencia: Pre Textos.
- Durkheim, E. (1987). *La división del trabajo social* (Vol. 39). Ediciones Akal.
- Duschatzky, S. & Corea, C. (2007). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, A.M. (2013). *Jóvenes de vidas grises. Psicoanálisis y biopolíticas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fernández, A.M. (2004). "Jóvenes: la brújula rota" [entrevista realizada por F. Abad en diario *El Tribuno*, sección "Nexo"]. Salta.
- Fernández, A.M. & López, M. (2005). "Vulnerabilización de los jóvenes en Argentina: política y subjetividad". En *Nómadas (Col)* 23, pp. 132-139.
- Lewkowicz, I. (2003). "Generaciones y constitución política" [publicación electrónica citada en <www.estudiolwz.com.ar>]
- Míguez, H. (2010). "Sobre la subjetividad para el consumo de sustancias psicoactivas". En *Revista de Salud Pública* 14 (2), pp. 6-14.
- Miguez, H. (2008). *Estilos de vida y emocionalidad producida*. AASM.
- Reguillo, R. (2010). *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*. Buenos Aires: Norma.
- Vommaro, P. (2014). "La disputa por lo público en América Latina. Las juventudes en las protestas y en la construcción de lo común". En *Nueva Sociedad* 251, pp. 55-69.